

# El Evangelio

Por NELSON CRESPO

*El Verbo artesano del Universo, que está sentado sobre los querubines y que todo lo mantiene, una vez manifestado a los hombres, nos ha dado el evangelio cuadriforme, evangelio que está mantenido, no obstante, por un sólo Espíritu”.*

*Adversus haereses,  
San Ireneo de Lyon, (140-202 d.C.)*

Durante la celebración de la misa, después de las lecturas de los textos bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, el lector concluye: “Palabra de Dios”, a lo que los fieles responden: “Te alabamos Señor”.  
¿Qué es la Palabra de Dios?

Ante esta pregunta, una respuesta viene de manera automática a nuestra mente: “La Palabra de Dios es la Biblia”. Esto es cierto. Sin embargo, la Palabra de Dios es mucho más que la letra escrita en los libros que por milenios han iluminado, guiado y alimentado al pueblo de Dios. La Palabra de Dios es Jesucristo en sí mismo. Él es la Palabra Eterna, el Verbo, el Logos que era en el Principio, que era con Dios y que es Dios (Jn 1,1).

Las Sagradas Escrituras son, entonces, manifestación escrita de la Palabra de Dios; son, como precisa el Concilio Vaticano II, “Palabra de Dios en cuanto en ellas se consigna por escrito bajo inspiración del Espíritu Santo”, (*Dei verbum* # 19).

Las Sagradas Escrituras, a partir del mensaje de la Creación primigenia, recogen el actuar de la Palabra, del Verbo divino en medio de lo creado, no como mera historia, sino como “Historia de Salvación”, como pedagogía divina, hasta que todas las cosas sean recapituladas en Cristo, cabeza ontológica del Universo, Aquel por el cual el Universo es y tiene en Él su consistencia (cf. Col 1, 16-17).

De esta manera, las Sagradas Escrituras no van a constituir en modo alguno una colección de oráculos, narraciones histórica, preceptos o mandamientos, sino que son reflejo del obrar del Verbo en medio de la historia de los hombres. Ahora bien, este Verbo, esta Palabra que por siglos se manifestó por medio de profetas, por medio de hombres inspirados por el Espíritu Santo que la consignaron, llegada la plenitud de los tiempos, o sea, llegado el “tiempo de Dios” (Gal 4, 4), por medio del mismo Espíritu que inspiró a los profetas y que en el acto creador se cernía sobre las aguas (Gn 1, 2), se hizo carne y plantó su tienda como hombre en medio de los hombres (cf. Jn 1, 14). Jesucristo es, de este modo, no sólo el mediador, sino la plenitud y la cumbre de la revelación de Dios para con los hombres, el Logos divino que se encarnó, llegando a ser como nosotros, por nuestra salvación.

## La letra mata, el Espíritu vivifica (2 Co 3,6).

Durante su vida terrena, Jesús, salvo en una ocasión en que escribió sobre el suelo arenoso de los alrededores de Jerusalén (Jn 8, 1-11), no dejó nada escrito. Tal vez el propio hecho de escribir sobre la arena nos quiera transmitir el mensaje de que las palabras, como la arena, se las lleva el viento si ellas son asumidas sólo como letra y no como espíritu que vivifica.

El pasaje en cuestión, el de la mujer adúltera, aquel en el que los Maestros de la Ley y los piadosos fariseos cuestionan a Jesús si era lícito o no cumplir al pie de la letra lo escrito y “apedrear a la adúltera hasta morir” (Dt 22, 22-24); recibe de Jesús una respuesta que desarma a quienes, tratando de acatar “legalmente” la letra, habían deshumanizado el espíritu de la Ley y la presentaban, no para servir, orientar e iluminar la vida de los hombres en su búsqueda de Dios, sino como algo que, sin ninguna otra consideración, debía simplemente acatarse, aún cuando fuera sólo de un modo epidérmico.

Es por ello que el Hijo de Dios, Jesucristo, no se encarnó para “decir”, sino para “hacer”. Su hacer, su mensaje, sus palabras, han sido consignadas en los evangelios. Ahora bien, los evangelios no van a constituir en modo alguno una “biografía de Jesús”, ni un itinerario minuto a minuto de su vida de un modo detallado. Por otra parte, Jesús no envió a sus apóstoles a escribir, sino a predicar el Evangelio (Mt 28, 18-20).

El objetivo de la redacción de los evangelios no es, de este modo, un intento historiográfico ni hagiográfico sino, usando palabras del apóstol Juan: “anunciar la vida eterna que estaba en el Padre y que se manifestó: lo que vieron y oyeron los apóstoles es lo que estos anuncian, a fin de que los hombres vivan en comunión entre ellos, y además, con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (cf. 1 Jn., 1,2-3).

## El Evangelio

La palabra “evangelio”, del griego “evangelion” quiere decir “buena nueva”, “buena noticia”. Ahora bien, la “Buena Noticia” que anuncia la Iglesia no es un catálogo de preceptos, ni una colección de piadosas historias ancladas en un pasado remoto, sino la persona de Jesucristo. Jesús Resucitado, vivo y glorioso, Señor del tiempo y de la historia, es en su propio ser la Buena Nueva, el único Evangelio que es proclamado hasta los confines de la tierra (Mc 16, 15).

Jesús nunca escribió un libro, ni la Iglesia en un principio se propuso hacerlo. El Evangelio, en los inicios de la Iglesia, se predicaba oralmente y con eso bastaba para transmitir el mensaje de la redención obrada por Cristo a favor de la humanidad. Pero llegó el momento en que, dada la diversidad de culturas y contextos en los que el evangelio intenta echar raíces, se hizo necesario, para eludir las inevitables deformaciones y manipulaciones, consignar el mensaje auténtico del Señor por escrito, sobre todo cuando la primera generación apostólica, los testigos oculares, iban muriendo o simplemente se dispersaban por el Orbe conocido de entonces.

Es así que fueron escribiéndose por la Iglesia, y en ella, los cuatro evangelios canónicos y el resto de los libros del Nuevo Testamento. Cuando se habla de “evangelios” (en plural), se designan, pues, cuatro versiones de un único e indiviso Evangelio. La Tradición, la predicación apostólica, la Iglesia, es, por tanto, anterior cronológicamente al Evangelio escrito. Es la Iglesia quien nos entrega cuáles son los libros auténticamente inspirados por Dios y desecha aquellos que, distanciados de la Tradición y de la prédica apostólica, consideró apócrifos desde un inicio.



De este modo, el Evangelio antes de ser escrito es predicado, antes de ser leído es oído, antes de ser libro es palabra. Es por ello que los evangelios no son simples libros doctrinales que ofrecen unas ideas sobre Dios, el hombre y el mundo; sino un auténtico anuncio del Reino de Dios manifestado en Jesucristo. De ahí que los evangelios no son tanto para leer, como para vivir; no son sólo un libro de referencia teórica para entender, sino de revelación divina y de modelo para obrar. El Evangelio interpela la fe y son un insistente llamado a la conversión, no como letra, sino como Palabra viva, Palabra que es Cristo en sí mismo.

## Los evangelios

De los cuatro evangelistas, dos, San Mateo y San Juan, fueron apóstoles; hombres que presenciaron los hechos, que estuvieron al lado de Jesús. Los otros dos, San Marcos y San Lucas, fueron discípulos directos de San Pedro y de San Pablo respectivamente, hombres que estuvieron ligados a los apóstoles y que se informaron de la verdad y de la exactitud de los hechos (Lc 1, 1-4).

Al respecto San Ireneo de Lyon (140-202 d.C.) en su obra “Adversus haereses” precisa: “Mateo publicó entre los hebreos en su propia lengua, una forma escrita de evangelio, mientras que Pedro y Pablo en Roma anunciaban el evangelio y fundaban la Iglesia. Fue después de su partida cuando Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro, nos transmitió también por escrito lo que había sido predicado por Pedro. Lucas, compañero de Pablo, consignó también en un libro lo que había sido predicado por éste. Luego Juan, el discípulo del Señor, el mismo que había descansado sobre su pecho, publicó también el evangelio mientras residía en Éfeso”

## Evangelio según San Marcos

El evangelio de San Marcos fue el primero en ser escrito y constituye uno de los llamados evangelios sinópticos, (Marcos, Mateo y Lucas), nombrados así porque tienen el mismo esquema y parten de una triple tradición común: la conocida como “Fuente Q” que narra la predicación de Jesús, pero no incluía la Pasión; las tradiciones orales de los testigos y los logia o colecciones de escritos sobre las palabras de Jesús.

Este evangelio fue escrito en griego para cristianos procedentes del paganismo. Así lo demuestra el hecho de traducir vocablos arameos y explicar costumbres judías que sus destinatarios desconocen. El uso de latinismos y la alusión a Rufo y Alejandro (15, 21) indica que sus destinatarios fueron cristianos de Roma, siendo así que Rufo es probablemente el citado por Pablo en su carta a los Romanos (16, 13).

La fecha exacta de redacción no se conoce con certeza. San Ireneo (140-202) refiere que fue escrito después de la muerte de San Pedro y de San Pablo, San Clemente de Alejandría (150-215), apunta que se escribió antes de la muerte de San Pedro, muerte que ocurrió en el año 64 d.C.

Sin embargo, ya fuera antes o después de la muerte de Pedro, el P. José O’Callaghan, papirólogo del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, identificó en 1972, en el papiro “7Q5” de la cueva 7 del Qumrán (Mar Muerto), un fragmento del Evangelio de San Marcos. Los textos de “7Q5” se encontraban en ánforas, una de las cuales tenía escrito el nombre “Roma”, lo cual parece confirmar el hecho de que el evangelio de Marcos fue enviado por cristianos romanos a los de Jerusalén y que los esenios escondieron una de las copias, junto a otros textos, en cuevas de Qumrán durante el asedio que concluyó con la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. A partir de este hecho se puede concluir que la redacción de Marcos se realizó mucho antes de la destrucción de la Ciudad Santa, sobre todo si se tiene en cuenta que tuvo que transcurrir un tiempo prudencial para que el evangelio circulara en Roma, fuera reproducido por un copista y enviado por los cristianos de Roma a los de Jerusalén.

## Evangelio según San Mateo

Este evangelio fue escrito después del evangelio de San Marcos y muchos consideran que San Mateo utilizó el evangelio de San Marcos como fuente. La fecha aproximada de su redacción primitiva es hacia los años 60-70 d.C. y su redacción definitiva hacia el 80 d.C. Este evangelio era referido y citado por San Ignacio de Antioquia (35-107 d.C.); parece haber sido destinado a judíos que vivían en Palestina. Sus destinatarios son comunidades compuestas por judeocristianos, conocedores de la Escritura, la cual es citada en unos 130 versículos.

Mateo es identificado como el publicano, al que Jesús llamó para formar parte de los doce apóstoles (Mt 9, 9). Mateo escribió su evangelio en arameo y tomó el 50 por ciento del material de su evangelio de Marcos y la parte restante de la "Fuente Q", e los logia y de las tradiciones orales. El relato de la infancia de Jesús no aparece en la "Fuente Q", ni en Marcos, por lo que Mateo tuvo aquí, y en otras partes de su evangelio, una fuente desconocida. El 25 por ciento de su evangelio coincide casi exactamente con el de Lucas, sobre todo en las palabras de Jesús.

## Evangelio según San Lucas

El propio evangelista precisa en su prólogo que utilizó varias fuentes para escribirlo (Lc 1, 1-4). Lucas utiliza el 70 por ciento del material de Marcos y dispone de fuentes propias, además de la "Fuente Q", de las tradiciones orales y de los logia. Así, para componer su relato acerca de la infancia de Jesús, probablemente la fuente fuera la propia Virgen María, como parece intuirse leyendo el texto. Los estudiosos llaman a esta fuente original de Lucas "Fuente L" y probablemente sea, junto a la "Fuente Q", la más antigua de las involucradas en la composición de los Evangelios, aunque no se sabe si se trató de una fuente oral o escrita.

La Tradición identifica a Lucas como el médico sirio que cita San Pablo (Col 4, 14) y que acompañó al apóstol en su viaje a Roma (2 Tim 4, 11). Lucas escribió su evangelio conjuntamente con los Hechos de los Apóstoles, que primitivamente formaban una obra única. San Lucas no es testigo presencial de lo que narra en su evangelio, pero sí de lo que narra en Hechos. En Roma Lucas se encontró con Pedro y fue testigo de la evangelización de los dos apóstoles en la Urbe. Es el único de los cuatro evangelistas que no es judío. Lucas escribió su evangelio alrededor de los años 70-80 d.C. El idioma utilizado fue el griego y todo parece indicar que escribió fuera de Palestina, probablemente en Grecia, pues escribe a una audiencia de origen gentil. San Lucas no recoge las preocupaciones judías de sus fuentes como San Marcos y ajusta las tradiciones palestinas a la realidad de los cristianos gentiles

## Evangelio según San Juan

El evangelio de Juan no sigue el esquema de los Sinópticos y dispone de fuentes propias. El evangelista Juan es el más joven de los discípulos de Jesús, el único de los apóstoles que se mantuvo junto a la Virgen al pie de la Cruz de Cristo. Juan escribió su Evangelio alrededor del año 95 d.C. El idioma utilizado fue el griego. El lugar de redacción parece claro: la isla de Patmos a la que el apóstol había sido desterrado por Domiciano, y es destinado a cristianos de origen heleno perseguidos por Roma. Todo su evangelio es un compendio de su vivencia al lado de Jesús. El final del texto aclara que la redacción definitiva fue obra de un discípulo de Juan (Jn 21, 24).

Hasta hace poco tiempo se calculaba una fecha tardía para este Evan

Evangelio. Sin embargo, el descubrimiento del llamado papiro "Rylands", (fragmento de un códice egipcio que contiene porciones del Evangelio de San Juan), permite circunscribir su fecha de redacción, pues el papiro ha sido tasado como realizado alrededor del año 135 d.C. Si esto es así, un tiempo considerable tuvo que haber transcurrido para que el evangelio de San Juan fuera copiado y circulado antes de que llegara a Egipto. Los destinatarios de la obra de San Juan eran personas conocedoras de la cultura judía y al mismo tiempo en contacto con el pensamiento griego.

## Cuatro y sólo cuatro

Uno de los criterios utilizados por la Iglesia para aceptar o no la autenticidad de los Evangelios fue que tuviesen como autor a un apóstol, o a un discípulo directo de ellos; además de su uso en las comunidades apostólicas, especialmente en la liturgia, y su conformidad con la fe apostólica custodiada por la Iglesia, de ahí que sólo aceptara como auténticos los cuatro evangelios antes citados. Lo determinante, por tanto, no fue la persona concreta que escribiera el evangelio sino la autoridad apostólica que estaba detrás de cada uno de ellos.

A mediados del siglo II, San Justino, (100-165 d.C.), habla de las "memorias de los apóstoles o evangelios" que se leían en la reunión litúrgica. Con esto da a entender dos cosas: 1º, el origen apostólico de estos escritos y, 2º, que se coleccionaban para ser leídos públicamente. San Ireneo de Lyon en el "Adversus haereses", señala: "El Verbo artesano del Universo, que está sentado sobre los querubines y que todo lo mantiene, una vez manifestado a los hombres, nos ha dado el evangelio cuadriforme, evangelio que está mantenido, no obstante, por un sólo Espíritu".

En la misma línea, Orígenes, (185-254 d.C.), acota: “La Iglesia tiene sólo cuatro evangelios, los herejes muchísimos, entre ellos uno que se ha escrito según los egipcios, otro según los doce apóstoles. Basíledes se atrevió a escribir un evangelio y ponerlo bajo su nombre ... Conozco cierto evangelio que se llama según Tomás y según Matías; y leemos otros muchos ...”. (Sobre estos “evangelios apócrifos” hablaremos en el próximo número).



“La Iglesia, precisa el Concilio Vaticano II, firme y constantemente ha mantenido y mantiene que los cuatro referidos Evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilar, transmiten fielmente lo que Jesús Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación...

Los Apóstoles ciertamente después de la ascensión del Señor predicaron a sus oyentes lo que Él había dicho y hecho, con aquel mayor conocimiento de que ellos gozaban, ilustrados por los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la luz del Espíritu de verdad. Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo de los relatos que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otros, o desarrollándolos de acuerdo con la condición de las Iglesias, reteniendo, en fin, la forma de anuncio, de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús. Escribieron, pues, sacándolo ya de su memoria o recuerdos, ya del testimonio de quienes “desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra” para que conozcamos “la verdad” de las palabras que nos enseñan” (cf. Lc 1, 2-4)”, (*Dei verbum*, # 19).

Así lo ha confesado la Iglesia desde los primeros siglos, en épocas de persecuciones, martirio y catacumbas al final de las cuales, acota Eusebio de Cesarea (260-340), “la Iglesia al salir de las catacumbas, lleva en sus manos los cuatro evangelios canónicos, reconocidos por todos como obra de los apóstoles y de los discípulos de los apóstoles”, los mismos evangelios que hoy, como ayer, constituyen el cimiento de la Alianza y el sello de la revelación de Dios para con los hombres.

#### Fuentes Bibliográficas .

Constitución “Dei verbum”, Concilio Vaticano II.

*Enciclopedia Católica*, ACI-Prensa, 1999.

*Jesucristo y la Iglesia*, Equipo de profesores de Historia y Teología de la Universidad de Navarra, abril de 2006.

*Jesús de Nazaret, Los Evangelios. Autores, fechas y destinatarios*, José I. Lago, 2007.